

bado á la bartola, que mirándome y riendo me dijo:

—«Es un loco que cree vivir en el tiempo de la guerra de la Independencia. Mire usted; allí está la casa de locos».

Y me enseñó el hospital de locos. Dí un suspiro de alivio, capaz de apagar una antorcha encendida.

Por la tarde salí de Toledo con el disgusto de no haber tenido tiempo de ver y admirar todo lo antiguo y admirable que la ciudad encierra; disgusto que venía atenuado por el ardiente deseo de ver Andalucía, que no me dejaba un instante de reposo. ¡Pero cuánto tiempo tuve á Toledo ante los ojos! ¡Cuánto tiempo ví y volví á ver sus rocas escarpadas, sus enormes murallas, sus calles oscuras, y aquel aspecto fantástico de ciudad de la Edad Media! Todavía hoy me la presento muy á menudo, con cierta tristeza placentera y austera melancolía, y su imagen trae á mi espíritu mil extraños pensamientos de lejanos tiempos y de maravillosos acontecimientos.

## VIII

## CORDOBA

Llegado á Castillejo, tuve que esperar hasta media noche el paso del tren de Andalucía; comí huevos duros y naranjas, con algunos tragos de Valdepeñas; me recité una poesía de Espronceda; charlé un poco con el carabinero (el cual, entre paréntesis, me hizo su profesión de fe política: Amadeo, libertad, aumento de paga á los carabineros, etc., etc.), hasta que se oyó el suspirado silbido, y entré en un vagón, lleno de mujeres, niños y guardias civiles, cajas, almohadas y mantas. Y salimos con una rapidez no acostumbrada en los ferrocarriles de España.

La noche era hermosa. Mis compañeros de viaje hablaban de toros y de carlistas; una hermosa joven, que más de cuatro devoraban con los ojos, fingía estar durmiendo para dejar admirar á las gentes una muestra de sus actitudes nocturnas; uno liaba «cigarritos», otro mondaba naranjas, otro tarareaba un aire de «zarzuela». Quedéme dormido á los pocos minutos. Creo que estaba soñando con la mezquita de Córdoba y el Alcázar de Sevilla, cuando me despertó una voz ronca que gritaba:

—¡Puñales!

—¿Puñales? ¿Cómo? ¿Para quién?

Y antes de que viera al que había gritado, una

hoja larga y aguda brilló ante mis ojos, y el desconocido me preguntó:

—¿Le gusta á usted?

Es necesario confesar que hay mil maneras más agradables de despertarle á uno. Miré las caras de mis compañeros, con tal aire de estupefacción que les hizo reír á todos. Me dijeron entonces que en algunas estaciones había vendedores de navajas y puñales, que ofrecían su mercancía á los viajeros, como se ofrecen en nuestro país diarios y refrescos. Asegurada ya mi vida, compré mi espantajo; cinco irancos, un hermoso puñal de tirano de tragedia, con el mango cincelado, inscripciones en la hoja y una vaina de terciopelo bordado. Me lo puse en el bolsillo, pensando que podría servirme en Italia para terminar las cuestiones con los editores. El vendedor llevaba más de cincuenta en el cinturón. Otros viajeros también compraron; los guardias civiles elogiaron á un vecino mío por su elección; los niños gritaron: «¡Yo también quiero uno!» Las mamás respondieron: «Ya os compraremos después uno más largo».

—¡Oh, bienaventurada España!—exclamé yo. Me acordé con ira de nuestras bárbaras madres, que nos niegan el juguete de una hoja bien afilada.

Atravesamos la Mancha, la famosa Mancha, teatro inmortal de las aventuras de Don Quijote. Es tal como me la había imaginado: grandes llanuras desiertas, largos espacios de arenosos terrenos, algunos molinos de viento, escasos pueblos y miserables, solitarias sendas y viejas casas abandonadas. Al ver aquellos sitios, experimenté el sentimiento de melancolía que despierta en mí todavía la lectura del libro de Cervantes. Este no puede hacer reír sin que la sonrisa arranque lágrimas. Don Quijote es una figura triste y solemne; su locura es una lamentación; su vida es la historia de los sueños, de las ilusiones, de los desencantos, de las aberraciones de todos; la lucha de la razón con la imaginación, de la verdad contra la mentira, del ideal contra lo real; todos tenemos algo de Quijotes, todos tomamos los me-

linos de viento por gigantes, todos nos dejamos levantar por un arranque de entusiasmo y somos arrojados al suelo por una carcajada burlesca; todos somos una mezcla de solemnidad y locura; todos sentimos con profunda amargura el contraste perpetuo entre la grandeza perfecta de nuestras aspiraciones y la flaqueza de nuestras facultades. ¡Bellos sueños de la infancia y de la adolescencia, generosos alientos de consagrar nuestra vida á la defensa de la virtud y de la grandeza, caras imágenes de peligros afrontados, de luchas aventureras, de grandes acciones y amores sublimes, caídos uno á uno como los pétalos de una flor, sobre el estrecho y uniforme sendero de la vida, cómo os hace revivir en nuestra alma, y cuán provechosas y dulces enseñanzas os da el generoso y desdichado caballero de la «Triste Figura!»

Pasa el tren por Argamasilla de Alba, donde Don Quijote nació y murió, y donde el pobre Cervantes, colector del gran priorazgo de San Juan, en nombre del magistrado especial de Consuegra, fué arrestado por los deudores irascibles y retenido prisionero en una casa que, según dicen, existe todavía, y en la cual se supone que concibió el plan de su obra. Pasamos cerca de Valdepeñas, que da nombre á uno de los vinos más exquisitos de España, negro, algo picante, el solo tal vez que permite al extranjero del Norte frecuentes libaciones; y llegamos por último á Santa Cruz de Mudela, población célebre por sus fábricas de «navajas», y donde el camino comienza á elevarse dulcemente hacia la montaña.

Había salido el sol; las mujeres y niños habían bajado del vagón, y sido reemplazados por paisanos, oficiales y toreros que iban á Sevilla. Se veía en tan reducido espacio una variedad de trajes que apenas se ve en nuestro país durante las ferias: sombreros altos de los habitantes de Sierra Morena, pantalones encarnados de soldados, grandes «sombrosos de picadores», tapabocas de gitanos,

*España—16*

«mantas» catalanas, hojas de Toledo clavadas en las paredes, capuchones v ropas de todos los colores de Arlequin.

\*

El tren penetra entre las rocas de Sierra Morena que separan el valle del Guadiana del Guadalquivir, célebre por los cantos de los poetas y las fechorías de los bandidos. El camino se desliza por entre dos murallas de piedras cortadas á pico, tan altas que para ver la cumbre me fué necesario sacar toda la cabeza fuera de la portezuela y torcer el cuello cual si quisiera ver el techo del vagón. Después las rocas se alejan y se elevan las unas sobre las otras, las primeras en forma de enormes masas hundidas, las últimas derechas, esbeltas, semejantes á torres erguidas sobre bastiones desmesurados, en medio de montones de masas dentelladas, ó formando escaleras, crestas, curvas, algunas como suspendidas en el aire, ó separadas por profundas cavernas y espantosos abismos, que presentan una confusión de formas caprichosas, siluetas de edificios fantásticos, de figuras gigantescas, de ruinas, ofreciendo á cada paso mil perfiles y aspectos inesperados. Y sobre esta infinita variedad de formas, una variedad infinita de colores, sombras, reflejos y luces.

Durante mucho tiempo, á derecha é izquierda y á lo alto, no se ve más que piedra sin una casa, sin una senda, sin un poco de tierra donde pueda asentarse la planta del hombre, y á medida que se avanza, rocas, barrancos, precipicios, todo se agranda, se cruza, se eleva hasta el punto culminante de la sierra, donde la soberana majestad del espectáculo os arranca un grito de admiración.

Allí el tren se detiene algunos minutos y todos los viajeros se asoman á las portezuelas.

—«Aquí—dice alguno en voz alta,—iba saltando de risco en risco el Roto de la mala figura, para cumplir su penitencia» (Cardenio, uno de los personajes principales de «Don Quijote», que saltaba

en camisa por las rocas de la sierra, haciendo penitencia por sus pecados).

—«Yo—añade el viajero,—quisiera que obligaran á hacer lo mismo á Sagasta».

Todo el mundo se ríe y empiezan á buscar cada uno por su cuenta un hombre político conocido á quien imponer con la imaginación la misma penitencia: uno propone á Serrano, otro á Topete, y otros muchos, sin reparar que á los pocos minutos de verse satisfechos aquellos deseos, se hubiera visto la sierra poblada de ministros, generales y diputados en camisa, saltando de roca en roca como la famosa piedra de Alejandro Manzoni.

\*

Parte el tren, las rocas desaparecen y el valle delicioso del Guadalquivir, el jardín de España, el edén de los árabes, el paraíso de pintores y poetas, la venturosa Andalucía se desarrolla ante nuestros ojos. Experimento todavía la fruición de gozo infantil con que me abalancé á la portezuela, diciéndome á mí mismo: «¡Gocemos!»

Durante un largo espacio el campo no ofrece nuevo aspecto á la ardiente curiosidad del viajero. En Vilches se extiende una vasta llanura, más allá el campo raso de Tolosa, donde Alfonso VIII, rey de Castilla, alcanzó sobre los ejércitos musulmanes la famosa victoria «de las Navas».

El cielo estaba límpido y se veían á lo lejos los montes de Sierra Segura. En un momento dado hice uno de esos rápidos movimientos que responden á un grito interior de sorpresa: los primeros álces, de anchas hojas carnosas, mensajeros precursores é inesperados de la vegetación del trópico, se presentaban á un lado del camino. Más allá empiezan á aparecer los campos esmaltados de flores. Los primeros tienen algunas, los que siguen están ya cubiertos de ellas, pues hay vastas extensiones de terreno vestidas enteramente de margaritas, amapolas, jazmines, belloritas, ranúnculos, de suerte que la campiña se presenta

cómo una sucesión de inmensos tapices de púrpura, de oro y de nieve; y más lejos, entre los árboles, innumerables cintas azules, verdes, blancas, amarillas, hasta perderse de vista; y muy pronto, en el borde de los fosos, sobre los declives, en el mismo camino, flores agrupadas en espesuras, matorrales, unas sobre otras, formando ramos, temblando en los tallos, casi al alcance de la mano. Después ondulantes campos de trigo con enormes espigas, rodeados de grandes rosales; luego pequeños bosques de naranjos, plantaciones de olivares, colinas variadas por cien tonos de verde, con viejas torres moriscas, y casas de color vario, y entre ellas puentes blancos y ligeros echados sobre riachuelos escondidos por los árboles. En el horizonte aparecen las blancas cimas de Sierra Nevada; debajo de esta blanca cinta, otras cintas azules, onduladas, de más cercanas montañas: la campiña cada vez más variada y florida. Arjonilla, en medio de un bosque de olivares cuyos términos no se ven; Pedro Abad, en una llanura cubierta de viñedos y árboles frutales; Ventas de Alcolea, sobre las últimas colinas de Sierra Morena, pobladas de casas de campo y jardines. Se aproxima Córdoba; el tren vuela; se ven las pequeñas estaciones, medio ocultas entre árboles y flores: el viento introduce hojas de rosa en los vagones, grandes mariposas vollean tocando las portezuelas, un perfume delicioso se esparce en el aire, los viajeros cantan, se atraviesa un jardín hechizado, el áloe, los naranjos, las casas de campo se multiplican. Se oye un grito: «¡Allí está Córdoba!»

\*

¡Cuántas bellas imágenes y grandes recuerdos despierta en la memoria el eco de este nombre!  
¡Córdoba, la antigua perla del Occidente, como la llaman los poetas árabes, la ciudad de las ciudades; Córdoba, con sus treinta barrios y sus treinta mil mezquitas, que encierra dentro de sus muros

el templo más grande del Islam! Su nombradía se extiende por todo el Oriente, obscureciendo la gloria de la antigua Damasco. De las más lejanas regiones del Asia, los fieles se trasladaban á las riberas del Guadalquivir, para prosternarse ante el Mihrab maravilloso de su mezquita, á la luz de mil lámparas de bronce, hechas con las campanas de las catedrales de España. Los artistas, los sabios, los poetas iban de todas las partes del mundo musulmán á llenar sus escuelas florecientes, á visitar sus inmensas bibliotecas, á aumentar la magnífica corte de sus califas. Los ricos y las hermosas allí acudían, atraídos por la reputación de su esplendor. Y desde allí se esparriban, ávidos de saber, á lo largo de las costas de Africa, visitaban las escuelas de Túnez, Cairo, Bagdad, y marchaban de la India á la China, para recoger libros, inspiraciones y recuerdos; y las poesías cantadas sobre las cumbres de Sierra Morena, volaban de cítara en cítara hasta los valles del Cáucaso, para animar el ardor de los peregrinos. La bella, la poderosa, la sabia Córdoba, coronada de treinta mil aldeas, mostraba orgullosamente sus blancos minaretes en medio de los bosques de naranjos y se respiraba á su alrededor, en aquel valle divino, un aliento voluptuoso de gloria y alegría!

\*

Bajo del tren, atravieso un jardín, miro en torno y me hallo solo: los viajeros que han bajado conmigo han desaparecido por distintos lados; oigo todavía el rumor de un coche que se aleja; después todo calla. Es medio día; el cielo limpiísimo, el aire embalsamado. Veo dos casas blancas que forman la entrada de una calle: penetro por ella. La calle es estrecha; las casas, pequeñas como las cabañas artificiales de los jardines, son casi todas de un solo piso, con ventanas á poca distancia del suelo, techos que se alcanzarían con el bastón y paredes resplandecientes de blancura. La

CAPILLA ALFONSENA

calle da la vuelta; miro; no veo á nadie, no oigo ni un paso, ni el menor rumor. Y me digo: «ésta debe ser una calle abandonada». Me meto en otra calle; casitas blancas, ventanas cerradas, soledad, silencio.

—¿Dónde estoy?—me pregunto.

Avanzo, con todo; la calle, tan estrecha que no podría pasar por ella un coche, serpentea, y á derecha é izquierda se ven otras calles desiertas, otras casas blancas, otras ventanas cerradas. Mis pasos retumbaban como en un corredor; es tan brillante el blanco de las paredes, que me obliga á caminar con los ojos medio cerrados: me parece que camino entre nieve. Llego á una pequeña plaza; todo está cerrado, nadie aparece. Entonces empiezo á penetrar en mi corazón una sensación de vaga melancolía como nunca la había experimentado; una mezcla de placer y de tristeza, parecida á la que experimentan los niños, cuando después de una larga carrera llegan á un hermoso sitio campestre y se alegran; pero con el temor de haberse alejado demasiado de su casa. Por encima de muchas azoteas se elevan las palmeras de los jardines de las casas. ¡Oh fantásticas leyendas de odaliscas y califas! Avanzo de calle en calle, de plaza en plaza; empiezo á encontrar á alguien; pero el transeunte se aleja y desaparece como un fantasma. Todas las calles se parecen; las casas no tienen más allá de tres ó cuatro ventanas; y ni una mancha, ni grieta en las paredes, que son limpias y lisas como una hoja de papel. De vez en cuando oía un ligero ruido detrás de una persiana y veía al mismo tiempo una cabeza morena con una flor entre los cabellos. Me acerqué á una puerta...

¡Un «patio»! ¿Cómo describir un «patio»? No es un «patio» propiamente tal, ni un jardín, ni una sala: es á la vez estas tres cosas. Entre el «patio» y la calle hay un vestíbulo. A los cuatro lados del patio se elevan cuatro columnas que sostienen á la altura del primer piso una especie de galería cerrada por grandes vidrieras; sobre

la galería se extiende una tela que da sombra al «patio». El vestíbulo se halla embaldosado de mármol y la puerta con columnas que rematan en bajo-relieves, cerrada por un ligero enverjado de hierro de bonito dibujo. En el fondo del «patio», frente á la puerta, se levanta una estatua; en el centro una fuente y alrededor sillas, mesas de labor, cuadros y macetas de flores. Corrí á otra puerta: otro «patio», paredes cubiertas de yedra, y un círculo de nichos con estatuas, bustos, urnas. Miré por una tercera puerta: un «patio» con paredes adornadas de mosaicos, una palmera en el centro y alrededor una masa compacta de flores. Una cuarta puerta: después del «patio» otro vestíbulo, después de éste un segundo «patio», en el cual se ven otras estatuas, otras columnas, otras fuentes. Y todos estos atrios y estos jardines son tan hermosos y limpios, que se podría pasar la mano sin ensuciarla por las paredes y el suelo: y frescos, perfumados é iluminados con una luz incierta y vaga que aumenta la belleza y el misterio.

Seguí caminando de calle en calle, á la ventura. A medida que iba caminando aumentaba mi curiosidad y aceleraba el paso. Me parecía imposible que toda la ciudad fuera así: esperaba dirigirme á una casa ó llegar á una calle que recordase otras ciudades á mi espíritu, disipando mi hermoso sueño. Pero no; el sueño dura. Todo es pequeño, gracioso y lleno de misterio. A cada cien pasos una plazuela desierta, donde me detenía para tomar aliento; de distancia en distancia una encrucijada, pero sin alma viviente; y siempre el color blanco, y más blanco todavía, y ventanas cerradas, y silencio. A cada puerta un nuevo espectáculo: arcadas, columnas, flores, saltos de agua y palmeras; una maravillosa variedad de dibujos, de tintas, de luces, de perfumes, aquí de rosas, allí de azahar, más lejos de violetas. Y con el perfume un soplo de aire fresco, y con el aire un dulce murmullo de voces de mujer, de cantos de pájaro, de hojas arrulladoras; una armonía

suave y variada que, sin turbar el silencio de la calle, recrea el oído como un eco de música lejana. ¡Ah! ¡No es esto un sueño! ¡Madrid, Italia, Europa, están lejos de aquí! Aquí se vive otra vida, se respira el aire de otro mundo: ¡Estoy en Oriente!

\*

Recuerdo que en cierto momento me detuve en medio de la calle, y yo no sé por qué, noté de repente que estaba triste é inquieto, y había en mi corazón un vacío que no bastaban á llenar la admiración y el placer. Experimenté un deseo irresistible de penetrar en aquellas casas y en aquellos jardines, de descorrer el velo del misterio que envolvía la vida de los seres desconocidos que las habitaban; de participar de aquella vida, de estrechar una mano, de fijar mi mirada en dos ojos compasivos, y decir: «Soy extranjero, estoy solo y también quiero ser feliz; dejadme descansar en medio de vuestras flores, dejadme conocer todos los secretos de vuestro paraíso; decidme quién sois, cómo vivís; ¡sonreídme, tranquilizadme, que mi cabeza se abrasa!» Y esta tristeza llegó á tal extremo, que me dije á mí mismo: «¡No puedo permanecer en esta ciudad! ¡Sufro aquí demasiado y me marchó!

Y me hubiera marchado, á no acordarme en aquellos momentos, y muy oportunamente por cierto, de que tenía en mi bolsillo una carta de recomendación para dos jóvenes de Córdoba, hermanos de uno de mis amigos de Florencia. Dejé á un lado, pues, mi proyecto de marcha, y fuime en seguida al encuentro de aquellos sujetos.

¡Cómo se rieron de todo corazón, cuando les expliqué la impresión que me había causado Córdoba! Propusieronme que fuéramos en seguida á ver la catedral; tomamos por una callejuela y en marcha!

La mezquita de Córdoba, que fué transformada en catedral cuando la expulsión de los árabes, y

que es, por lo tanto, mezquita todavía, fué erigida sobre las ruinas de la catedral primitiva, no lejos del Guadalquivir. Abd-el-Rhamán empezó la construcción el año 785 ó 786. «Construyamos una mezquita—dijo,—que sobrepuje á la de Bagdad, la de Damasco y la de Jerusalén, que sea el templo mayor del islamismo, que sea la Meca del Occidente». Y puso manos á la obra con ardor; los esclavos cristianos llevaban á los cimientos las piedras de las iglesias destruidas. Abd-el-Rhamán trabajaba personalmente en aquellas obras una hora al día; la mezquita fué construída en pocos años; los califas sucesores á Abd-el-Rhamán la embellecieron y quedó completamente terminada después de un siglo de trabajos continuos.

—Estamos ya—me dijo uno de mis acompañantes, parándose de repente ante un vasto edificio.

Creí que era una fortaleza. Es el muro que rodea la mezquita, un viejo muro agrietado, en el cual se abrían antes veinte grandes puertas de bronce, rodeadas de graciosos arabescos y de ventanillas ojivales sostenidas por ligeras columnas. Actualmente se halla cubierto por una triple capa de cal. Dar la vuelta al circuito de la pared, es cuestión de un paseo para después de haber comido; júzuese de la extensión del edificio.

La puerta principal del circuito está situada al Norte, por la parte donde se eleva el minarete de Abd-el-Rhamán, en cuya cúspide ondeaba el estandarte musulmán.

Entramos. Creí ver en seguida el interior de la mezquita, y me encontré en un jardín lleno de naranjos, cipreses y palmeras, rodeado de pórticos de una extremada ligereza y cerrado por la fachada de la mezquita. En medio de este jardín había en tiempo de los árabes una fuente para las abluciones, se recogían á la sombra de los árboles antes de entrar en el templo. Me detuve allí algunos instantes mirando á mi alrededor y respirando el aire fresco y embalsamado con un vivo placer. El corazón me palpitaba á la idea de que la famosa mezquita estaba junto á mí, y me sentía á

la vez arrastrado hacia la puerta por una inmensa curiosidad y retenido por no sé qué temblor infantil.

—Entremos—me dijeron mis compañeros.

—Un momento todavía—respondí yo.—Dejadme saborear el placer de la espera.

Por último, me puse en marcha, y sin mirar la maravillosa puerta que me mostraban mis compañeros, entré.

Lo que dije ó lo que hice apenas estuve dentro, lo ignoro; pero seguramente se me debió de escapar alguna extraña palabra, ó hice algún gesto extraordinario, porque varias personas se echaron á reír y se volvieron mirando á todos lados, para darse cuenta y explicarse la profunda emoción que yo había manifestado.

Imaginaos un bosque y suponed que estáis en su parte más espesa y que no veis más que troncos de árboles; asimismo en la mezquita, de cualquier lado que uno se vuelva, no ve más que columnas. Es un bosque de mármol cuyo término no se distingue. Se siguen con la mirada una á una las largas filas de columnas, que se cruzan á cada paso con otras filas innumerables, y se llega á un fondo semi-oscuro donde parece que se ven brillas aún otras columnas. Hay diecinueve naves que se alejan ante el espectador; se hallan cruzadas por otras treinta y tres, y el todo se halla sostenido por más de novecientas columnas de pórlido, jaspe y mármol de todos colores. Cada columna lleva un pilar; los arcos se cimbrean entre las columnas y entre los pilares, este segundo orden por encima del primero y todos en forma de herradura; de modo que si uno imagina que las columnas son troncos de árboles, los arcos representan las ramas, lo cual hace más exacta la comparación de la mezquita con un bosque. La nave central, mucho más ancha que las demás, llega hasta frente de la Maksurah, que es la parte más sagrada del templo, donde se leía el Corán. Aquí un pálido rayo de luz, que ilumina una hilera de columnas, desciende de lo alto de

las ventanas; allá una espesa sombra; más lejos desciende otro rayo de luz que esclarece otra nave. Me es imposible expresar el sentimiento de mística admiración que aquel espectáculo despertó en mi alma. Es como la revelación súbita de una religión, de una naturaleza y de una vida ignoradas, que conduce vuestra fantasía á través de las delicias de ese paraíso lleno de amor y de voluptuosidad, donde los bienaventurados, á la sombra de los plátanos de espeso follaje y de rosales sin espinas, beben en vasos de cristal vinos cuyas gotas brillan como piedras preciosas, vertidos por vírgenes inmortales, y reclinada la cabeza en los brazos de las hurfes de grandes ojos negros. Todas las imágenes de los placeres eternos que el Corán promete á los creyentes, acuden en tropel á vuestra imaginación á la primera vista de la mezquita, vivas, ardientes, seductoras, y os causan un dulce vértigo que deja en el alma no sé qué muelle melancolía. Una confusión en el espíritu, una rápida llama que os recorre las venas, tal es la primera sensación que se experimenta al entrar en la catedral de Córdoba.

Anduvimos de nave en nave, examinándolo todo en detalle. ¡Cuánta variedad en aquel edificio, que parece uniforme á primera vista! Las proporciones de las columnas, los dibujos de los capiteles, las formas de los arcos cambian, por así decirlo, á cada instante. La mayor parte de las columnas son antiguas, y fueron robadas por los árabes de la España del Norte, de la Galia y del Africa romana; y algunas, dicen, pertenecieron al templo de Jano, sobre las ruinas del cual fué construída la iglesia que los árabes destruyeron para edificar la mezquita. En muchos capiteles se distinguen todavía las trazas de las cruces que tenían esculpidas y que los árabes borrarón á golpes de escoplo. En algunas columnas se hallan fijas argollas de hierro, á las cuales se dice que los árabes ataban á los cristianos. En particular se enseña una, á la que, según la tradición popular, estuvo atado un cristiano durante muchos años, y du-

ranle este tiempo, á fuerza de escarbar con las uñas, acabó por grabar en la piedra una cruz que los guías os enseñan con profunda veneración.

Llegamos á la Maksurah, que es la obra más completa y la más maravillosa del arte de los árabes en el siglo x. En la parte delantera hay tres capillas contiguas con bóvedas ó arcos dentellados y paredes cubiertas de soberbios mosaicos que representan grupos de flores y reproducen versículos del Corán. En el fondo de la capilla del centro está el Mihrab principal, el lugar sagrado donde residía el espíritu de Dios. Es un nicho de base octógona cerrado en lo alto por una colosal concha de mármol. En el Mihrab se guardaba el Corán, escrito de mano del califa Othmán, cubierto de oro, guarnecido de perlas y sostenido por un escabel de madera de áloes; y los creyentes le daban por siete veces la vuelta de rodillas. Al acercarme á la pared, sentí que el pavimento faltaba á mis pies: ¡el mármol forma allí un verdadero surco!

Después del nicho, me detuve á contemplar por largo espacio de tiempo la bóveda y paredes de la capilla principal, la sola parte de la mezquita que se ha conservado casi intacta. Es un centelleo de cristales de mil colores, un entrelazamiento de arabescos que confunden la imaginación, una combinación de relieves, adornos, dorados, detalles de dibujo y de color de una delicadeza, una gracia, una perfección capaces de causar la desesperación del pintor más paciente. Es materialmente imposible recordar con claridad cosa alguna de ese prodigioso trabajo; podéis volver á contemplarlo cien veces y no os quedará ante los ojos, al pensar en él, más que una inmensa confusión de puntos azules, rojos, verdes dorados, luminosos ó una bordadura complicada, cambiando continuamente y rápidamente de dibujos y colores. Un milagro de arte como aquél, sólo puede brotar de la imaginación ardiente é infatigable de los árabes. Y empezamos otra vez á recorrer la mezquita

examinando aquí y allá, sobre las paredes, los arabescos de las antiguas puertas que se entrevén algo, bajo el detestable embadurnamiento cristiano. Mis compañeros me miran, se ríen y murmuran no sé qué al oído:

—¿Usted no lo ha notado todavía?—me dijo uno de ellos.

—¿Qué?

Se miraron y de nuevo se sonrieron.

—¿Usted cree haber visto toda la mezquita?—replicó el que había hablado.

—¿Yo? Vaya que sí—respondí mirando en torno mío.

—Pues bien; no lo ha visto usted todo. Lo que le falta ver es una iglesia, no otra cosa.

—¡Una iglesia!—exclamé, estupefacto.

—¿Pero, dónde está?

—Mirad—dijome el otro compañero, enseñándome;—se halla precisamente en el centro de la mezquita.

—¡Poder de Dios! ¡Y no lo había visto!

Por ello se podrá juzgar de la magnitud del edificio.

Fuimos á ver la iglesia. Es una hermosa y rica iglesia, con un altar mayor espléndido y un coro digno de figurar al lado de los de las catedrales de Burgos y Toledo; pero, como todas las cosas que no se hallan en su sitio, más que causar admiración, molestan. El mismo Carlos V, que dió al cabildo permiso para construirla, se arrepintió de haberlo dado cuando vió el templo musulmán. Junto á la iglesia se halla una especie de capilla árabe, admirablemente conservada, rica en mosaicos no menos bellos y variados que los de la Maksurah: dicese que allí se reunían los doctores del islamismo para leer el libro del Profeta.

Tal es la mezquita en el día de hoy. Pero, ¡qué no sería en tiempo de los árabes! No se hallaba circuida por un muro, sino abierta, de modo que por todos lados se veía el jardín, y desde éste, el fondo de las naves. El viento llevaba hasta las



bóvedas de la Maksurah el perfume de los naranjos y de las flores. Las columnas, que ahora no llegan á mil, eran entonces mil cuatrocientas; el techo era de cedro y alerce, esculpido é incrustado de un trabajo exquisito; las paredes revestidas de mármol; la luz de ochocientas lámparas, llenas de aceite perfumado, hacía centellar como diamantes los cristales de los mosaicos, y producía sobre el pavimento, sobre los arcos y sobre las paredes, un juego maravilloso de colores y reflejos. «Un océano de esplendor», como dijo un poeta, llenaba el misterioso recinto; el tibio ambiente estaba impregnado de aromas y armonía, y el pensamiento de los creyentes erraba y se perdía en el laberinto de las columnas refulgentes como lanzas heridas por el sol.

Federico Schack, autor de una preciosa obra intitulada: «Poesía y arte de los árabes en España y en Sicilia», describe la mezquita en un día de gran fiesta, dando una curiosa idea del culto musulmán, y completa el cuadro del monumento.

A ambos lados del «almimbar» ó púlpito, ondean dos estandartes, para significar que el islamismo ha triunfado del judaísmo y del cristianismo, y que el Corán ha vencido al antiguo y nuevo Testamento. Los «almedani» salen por la galería del alto minarete y entonan el «selam», ó saludo al Profeta. Entonces las naves de la mezquita se llenan de creyentes que, vestidos de blanco y con festivo aspecto, acuden á la oración. En pocos momentos, en toda la extensión del edificio, sólo se ven las gentes arrodilladas. Por el conducto secreto que une el templo al alcázar, llega el califa y se sienta en elevado sitio. Un lector del Corán lee una «Sura» desde el púlpito. La voz del «muezzin» resuena de nuevo, invitando á la oración del medio día. Todos los fieles se levantan y murmuran sus plegarias, inclinándose profundamente. Un servidor de la mezquita abre las puertas del púlpito y empuña una espada, con la cual, volviéndose hacia la Meca, amonesta á los creyentes para que sea alabado Mahomet, mien-

tras es celebrado en la tribuna cantando los «mubaliges». Entonces el predicador sube al púlpito y toma de la mano del servidor la espada que recuerda y simboliza la sumisión de España al poder del Islam. Es el día en que debe proclamarse el «Dijhad» ó la guerra santa, el llamamiento á todos los hombres útiles para que partan á luchar contra los cristianos. La muchedumbre escucha con silenciosa devoción el discurso, lleno de pasajes del Corán, que empieza así:

«Alabado sea Alá, que ha extendido la gloria del Islam gracias á la espada del campeón de la fe, y que en su libro santo ha prometido á los creyentes ayuda y victoria.

»Alá esparce sus beneficios por la tierra.

»Si no animase á los hombres á lanzarse armados contra los hombres, la tierra se perdería.

»Alá ha ordenado que luchemos contra los pueblos, hasta que éstos reconozcan que sólo hay un Dios.

»El fuego de la guerra no se extinguirá hasta el fin del mundo.

»La bendición divina caerá sobre la crin del caballo guerrero hasta el día del juicio.

»Armados de pies á cabeza, ó armados ligeramente, ¡alzaos y partid!

»¡Oh creyentes! ¿qué será de vosotros si cuando se os llame á la batalla permanecéis con la cabeza baja?

»¿Preferís la vida de este mundo á la vida futura?

»Creedme: las puertas del paraíso se hallan á la sombra de las espadas.

»El que muere en la batalla por la causa de Dios, lava con su sangre las manchas de sus pecados.

»Su cuerpo no será lavado como los demás cadáveres, porque el día del juicio sus heridas esparcirán un perfume como el de almizcle.

»Cuando los guerreros se presentarán á la puerta del paraíso, una voz les preguntará desde el interior: ¿Qué habéis hecho durante vuestra vida?

»Y ellos responderán: Hemos esgrimido la espada en la lucha por la causa de Dios.

»Entonces las puertas eternas se abrirán y los guerreros entrarán cuarenta años antes que los demás.

»Alzaos, pues, creyentes: ¡dejad vuestras mujeres, vuestros hijos, vuestros hermanos, vuestros bienes y marchad á la guerra santa!

»¡Y tú: oh Dios, señor del mundo presente y del futuro, combate por las armas de aquellos que reconocen la unidad! ¡Aterra á los incrédulos, á los idólatras, á los enemigos de la santa fe! ¡Rompe sus estandartes y entrégalos en botín á los musulmanes, con lo demás que tengan los infieles!»

El predicador, al terminar su discurso, grita volviéndose hacia los congregados: «¡Rogad á Dios!» y reza en silencio. Todos los creyentes siguen su ejemplo y golpean el suelo con la frente. Los «mubaliges» cantan: «¡Amén! ¡amén! ¡oh Señor de todos los seres!»

Ardiente como el calor que precede á las tempestades, el entusiasmo de la multitud, contenido hasta entonces y silencioso, estalla en sordos murmullos que, levantándose como las olas é inundando el templo, hacen, por último, retumbar las naves, las capillas, las bóvedas, con el eco de mil voces unidas en un solo grito: «¡No hay otro Dios que Alá!»

La mezquita de Córdoba es todavía hoy, según opinión universal, el más hermoso templo musulmán que existe, y uno de los más admirables monumentos de la tierra.

\*

Quando salimos de la mezquita, la hora de la siesta, que todo el mundo ha de hacer en la España meridional, á causa del calor del medio día, era ya pasada y las calles empezaban á verse un tanto concurridas.

—¡Y qué mal efecto produce—dije yo á mis com-

pañeros,—en las calles de Córdoba, el alto sombrero de felpa! ¿Cómo tenéis valor para profanar con figurines á la moda ese cuadro oriental? ¿Por qué no os vestís de árabes?

Pasaban pisaverdes, obreros y niños, y les miraba á todos con curiosidad, esperando hallar alguna de esas figuras de fantasía que nos presenta Dore como ejemplos del tipo andaluz, con tez morena, labios gruesos y grandes ojos. No encontré ni uno. Al adelantar hacia el centro de la ciudad, ví las primeras andaluzas, señoras, señoritas, mujeres del pueblo, casi todas pequeñas, ligeras, bien formadas, algunas hermosas, muchas simpáticas, la mayor parte ni «chicha» ni «limoná», como en todos los países. En el modo de vestir, hecha excepción de la llamada «mantilla», no se diferencian de las mujeres francesas y de las nuestras: una gran masa de cabello postizo en trenzas, mechones, largos rizos; vestidos ceñidos, con pliegues, y botitas con el tacón á punta de puñal. El antiguo traje andaluz desapareció de las ciudades.

Por la noche creía que las calles estarían más concurridas; pero ví muy poca gente y aun ésta en los barrios principales; los demás estaban desiertos como en las horas de la siesta. Y es necesario pasar por estas calles desiertas, para saber lo que es Córdoba de noche. Vese brillar la luz en los «patios»; en los ángulos oscuros, las parejas amorosas unidas en íntimo coloquio; la joven por lo regular á la ventana, la mano muellemente abandonada fuera de la reja, y el joven apoyado contra la pared en actitud poética y la mirada alerta, pero no tanto que tenga tiempo de apartar los labios de aquellas manos antes de que le vea el transeunte impertinente; y se oye el puntear de las guitarras, el murmullo de las fuentes, suspiros, risas de chiquillos, rumores misteriosos...

A la mañana siguiente, turbado todavía por los

España—17

sueños orientales de la víspera, fuime á pasear por la ciudad. Sería necesario un volumen para describir cuanto de notable encierra, es un verdadero museo de antigüedades romanas y árabes; se encuentran con profusión columnas miliares con inscripciones en honor de los emperadores; restos de estatuas y bajo-relieves; seis antiguas puertas; un gran puente sobre el Guadalquivir, del tiempo de Octavio Augusto, reconstruido por los árabes; ruinas de torres y murallas; casas que pertenecieron á los califas, en las cuales se ven todavía las columnas y los arcos subterráneos de las salas de baño; y por todas partes puertas, vestíbulos, escaleras, que harían las delicias de una legión de arqueólogos.

A eso del medio día, pasando por una calle solitaria, ví escrito sobre la pared de una casa, junto á una inscripción romana:

CASA DE HUESPEDES. ALMUERZOS Y COMIDAS.

Al leer esto me sentí el aguijón de un hambre tal, que me decidí á satisfacerla en aquel bodegón, así que me había conducido la suerte. Entré por una pequeña puerta y me encuentro en un «patio». Es un «patio» miserable, sin mármoles ni fuentes, pero blanco como la nieve y fresco como un jardín. No viendo ni sillas ni mesas, creí que había equivocado la puerta y ya iba á volverme, cuando una vieja, saliendo de no sé dónde, me detuvo.

—¿Se come aquí?—le pregunté.

—Sí, señor—me respondió.

—¿Qué tienen ustedes?

—«Huevos, chorizo, chuletas, pescado, naranjas y vino de Málaga».

—«Muy bien; tráigame usted todo lo que tenga».

Empezó por traerme una mesa y una silla; me senté y esperé. A los pocos instantes oí que se abría una puerta detrás de mí y me volví. ¡Ángeles del cielo, lo que ví! La más hermosa de todas las hermosas andaluzas, no tan sólo de las que

había visto en Córdoba, sino de todas las que ví después en Sevilla, Cádiz y Granada; una joven, permitidme la expresión, capaz de asustar, de poner en fuga, ó de hacer cometer una barbaridad; una de esas caras que hacían gritar: «¡Cuidado conmigo!» á José Baretta, cuando viajaba por España. Permaneció algún tiempo inmóvil, fijos en mí los ojos como diciéndome: «¡Admírame!» después se volvió hacia la cocina y gritó: «¡Tía, despáchate!» lo que me ofreció ocasión de darle «muchas gracias», con voz turbada, y á ella pretexto para acercarse y responder: «No hay de qué», con una voz tan suave que me obligó á ofrecerle una silla, en la que se sentó.

Era joven de unos veinte años, alta, derecha como una palmera, con grandes ojos dulces, brillantes y húmedos, que parecía que habían llorado poco antes, una negra y ondulada cabellera, y una rosa en las trenzas. Se la hubiera creído una de las vírgenes árabes de la tribu de los Usras, que hacen morir de amor.

Ella empezó la conversación:

—«¿Usted es extranjero, me parece?»

—Sí.

—«¿Francés?»

—Italiano.

—«¿Italiano? Paisano del rey».

—Sí.

—¿Le conoce usted?

—De vista.

—«Dicen que es un buen mozo».

No respondí. Ella se echó á reír y me preguntó:

—«¿Qué mira usted?»—y riéndose, escondió su pie, que había adelantado al sentarse, para que yo le viese. ¡Oh! no hay en este país una mujer que no sepa que los pies andaluces son célebres en todo el mundo.

Aproveché la ocasión: púseme á hablar de las mujeres andaluzas y expresé mi admiración por ellas con las palabras más calurosas de mi vocabulario. Ella me dejó hablar, mirando con mu-

cha atención una hendidura de la mesa; después levantó la cabeza y me preguntó:

—«¿Y en Italia, cómo son las mujeres?»

—¡Oh! hermosas también.

—«Pero... serán frías».

—No por cierto—me apresuré á responder;—pero... en cada país las mujeres tienen «un no sé qué» diferente de las de los demás países, y entre todas, el «no sé qué» de las andaluzas para un pobre viajero que no tiene todavía canas, es tal vez el más peligroso de todos; y no encuentro palabras para decir lo que pienso; pero si usted no se ofende, yo se lo diré: «Señorita, usted es la andaluza más...»

—«¡Salada!...»—exclamó la joven cubriéndose la cara con las manos.

—¡Salada!... la andaluza más salada de Córdoba.

«Salada», picante, salada: tal es palabra que se emplea en Andalucía para designar á una mujer bella, seductora, amable, ardiente, todo lo que se quiera. una mujer cuyos labios os dicen: «¡Bebedme!» y cuyos ojos os obligan á morderos el labio inferior.

—«Usted es italiano; ¿ha visto usted al Papa?»

—No; y lo siento.

—«¿Es posible? ¡Un italiano que no vió al Papa! Y diga usted, ¿por qué le hacen sufrir tanto los italianos?»

—¡Cómo! ¿Ha dicho usted sufrir?

—«Sí. Dicen que le han encerrado en su casa y que le tiran piedras á las ventanas».

—No, hija, no; no crea usted nada de eso, porque en tales cuentos no hay una palabra de verdad.

—«¿Ha visto usted Venecia?»

—¡Ya lo creo!

—«¿Es verdad que es una ciudad que sobrenada sobre el mar?»

Instóme para que le describiera Venecia, y yo le expliqué cómo era el pueblo de esa extraña ciudad, lo que hace durante el día, cómo se viste. Y mientras hablaba, con el esfuerzo que hacía por expresarme con alguna elegancia y tragar los huesos

mal cocidos y el «chorizo» rancio, ví que se iba acercando poco á poco, tal vez inadvertidamente, para mejor escucharme, aproximándose tanto, que pude percibir el olor de la rosa que tenía en sus cabellos y el aliento de su respiración; y debía hacer tres grandes esfuerzos á la vez: uno con mi cabeza; otro con el estómago y otro con todo mi sér, oyéndome decir de vez en cuando: «¡Qué bonito!» cumplido que iba dirigido al Gran Canal, pero que me producía el mismo efecto que le causaría á un hombre arruinado un saco de escudos que le hiciera sonar en las narices un banquero impertinente.

—«¡Ah, señorita!»—le dije por último, empezando á perder la paciencia.—Después de todo, ¿qué importa que las ciudades sean hermosas? El que ha nacido en ellas no les presta atención; y el viajero... tal vez. He llegado ayer á Córdoba; es una hermosa ciudad, no hay duda; pues bien, créame usted si quiere; he olvidado ya todo lo que he visto, no quiero, ni deseo ver nada más y ni tan sólo sé en qué ciudad me encuentro. ¿Los palacios, las mezquitas? Nada me importa todo eso. Cuando uno siente en el alma un fuego que le consume, ¿qué va á buscar en las mezquitas? Cuando seáis presa de una locura que os haga rechinar los dientes, ¿iréis á contemplar los palacios? ¡Creedlo!... es una triste vida la del viajero; una dura penitencia, un suplicio, un...—El prudente abanico me tapó la boca que iba demudado lejos. Ataqué la chuleta.

—«¡Pobrecito!»—murmó riendo la andaluza, después de haber mirado á su alrededor.—«¿Son todos ardientes como usted los italianos?»

—«¡Qué sé yo! ¿Y todas las andaluzas son tan hermosas como usted?»

La joven extendió una mano sobre la mesa.

—Por caridad, esconda usted esa mano—le dije.

—«¿Y por qué?»—me preguntó.

—Porque quiero comer en paz.

—Pues coma usted con una mano sola.

—¡Ah!